

LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA DE POPPER

Carlos Verdugo

Este ensayo expone algunas de las tesis principales de Karl Popper. En especial, se reseña su original e influyente concepción de la ciencia, su método y sus objetivos y, por otra parte, su concepción de la sociedad abierta y su teoría de la democracia, incluyendo algunas de las últimas reflexiones de Popper sobre la democracia representativa y el rol de los partidos políticos.

Popper se hizo célebre, sobre todo, como filósofo social y político, y como filósofo de la historia e historiador de la filosofía. Pero jamás se consideró a sí mismo, primariamente, un filósofo de la política sino, más bien, un filósofo de la ciencia¹.

Una de las principales tareas de los filósofos en este campo consiste en formular ciertas “metodologías” o “lógicas del descubrimiento”. Estas metodologías no deben entenderse como un conjunto de reglas para resolver problemas científicos; tampoco para desarrollar hipótesis o teorías exitosas sino, por el contrario, deben considerarse como un grupo de reglas para la *evaluación* de teorías ya existentes y articuladas. Dichas reglas pueden

CARLOS VERDUGO SERNA. Master of Arts, Washington University. Profesor de Filosofía de la Ciencia en el Instituto de Estudios Humanísticos de la Universidad de Valparaíso y en la Universidad de Santiago.

¹ Popper consideraba sus obras *La miseria del historicismo* y *La sociedad abierta y sus enemigos* como su contribución a la Segunda Guerra, en el sentido de una defensa de la libertad y un rechazo a toda forma de totalitarismo y autoritarismo.

comprenderse, además, como “teorías de la racionalidad científica”, “criterios demarcatorios” (por ejemplo, para distinguir la ciencia de la pseudo-ciencia) o, sencillamente, como “definiciones de la ciencia”².

En otras palabras, la reflexión filosófica acerca de la ciencia es de carácter *normativo*, intenta establecer en qué consiste una *buena o legítima* explicación científica; nos proporciona ayuda para responder dos preguntas: ¿cuál es la naturaleza del *progreso* científico?, ¿en qué consiste la racionalidad de la ciencia? De esta manera, lo que distingue la reflexión filosófica acerca de la ciencia de, por ejemplo, la historia, la psicología o la sociología de la ciencia, es su naturaleza *normativa*.

En este sentido Popper puede considerarse un filósofo “clásico” de la ciencia, esto es, parte de un grupo de pensadores interesados en proponer metodologías o filosofías de la ciencia tales como Mach, Peirce, Poincaré, Duhem, Schlick, Carnap y otros escritores más recientes. Todos ellos procuraban establecer una base racional para la práctica científica o, como Popper, determinar las “reglas del juego científico”³.

Cuando Popper publica en 1934 su *Logik der Forschung*, su propuesta metodológica debió enfrentarse a una influyente metodología o filosofía de la ciencia alternativa: el inductivismo, representado especialmente por el Círculo de Viena.

Por razones obvias, no podemos ofrecer aquí una exposición completa de todos los principales elementos que componen la filosofía de la ciencia de Popper, pero, sin duda, una de las características más conocidas de la filosofía de la ciencia o de la epistemología de Sir Karl Popper —así como quizá, la más criticada— es su posición anti-inductivista.

De hecho, el anti-inductivismo de Popper, esto es, la radical tesis de que la inducción no juega ningún rol importante en la ciencia, fue defendida por él desde 1932 hasta su muerte⁴. En este sentido, ninguna exposición del pensamiento de Popper puede dejar de examinar su rechazo total de la inducción.

² Esta caracterización de las metodologías científicas se encuentra en la obra de Imre Lakatos, *The Methodology of Scientific Research Programmes*, (Cambridge: Cambridge University Press, 1978) p. 103.

³ Para esta descripción de Popper como filósofo “clásico” de la ciencia véase Robert J. Ackermann, *The Philosophy of Karl Popper* (Amherst: University of Massachusetts Press, 1976) p. 1. Este libro es uno de los mejores exámenes críticos semi-técnicos del pensamiento de Popper.

⁴ Nos referimos al primer libro de Popper escrito en 1932, considerado en ese momento como el primer volumen de *Die beiden Grundprobleme der Erkenntnistheorie* (*Los dos problemas fundamentales de la teoría del conocimiento*). Este volumen estaba dedicado al problema de la inducción. *Logik der Forschung* (1934) fue un extracto de esa primera obra que fue publicada finalmente en 1979 (Tübingen: J.C.B. Mohr Verlag, 1979).

Popper y la inducción

En realidad, por más de sesenta años, Popper intentó mostrar (con éxito según algunos, sin éxito según otros) la imposibilidad de llevar a cabo los siguientes programas⁵:

- (a) Una lógica del descubrimiento de corte inductivista;
- (b) Una lógica de justificación inductivista;
- (c) Un criterio inductivista de demarcación entre las ciencias empíricas y otros sistemas de enunciados (metafísica y pseudo-ciencia).

El programa (a) tiene que ver con algunas concepciones sobre *cómo deben proceder* los científicos para poder llegar a *descubrir* leyes, teorías, o relaciones causales. Según una visión aún popular y que se remonta hasta Francis Bacon (siglo XVI) y sus Tablas de Investigación, así como a los Canones de J. S. Mill (siglo XIX) el científico debe realizar su investigación a través de los siguientes pasos⁶:

- (1) Observar y registrar fielmente, sin preconcepciones ni prejuicios, todos los hechos relacionados con el fenómeno de estudio (o realizar experimentos cuyo objetivo es obtener observaciones controlables y medibles en alguna área semidesconocida);
- (2) Analizar y clasificar los hechos observados (de nuevo, sin la interferencia de ideas o teorías previas);
- (3) Derivación inductiva de generalizaciones a partir de (2), por ejemplo, si se ha observado que el objeto A se presenta constantemente acompañado de la propiedad B, derivar la generalización: todos los A tienen la propiedad B. En otras palabras, inducir una generalización a partir de los hechos observados;
- (4) Comprobación o verificaciones posteriores de las generalizaciones, esto es, confirmar la generalización buscando más observacio-

⁵ Para un examen más profundo sobre la inducción véase: K. Popper, *Objective Knowledge: An Evolutionary Approach* (Oxford: Oxford University Press, 1972), cap.1, Trad. cast., *Conocimiento objetivo: Un enfoque evolucionista* (Madrid: Tecnos, 1974); K. Popper, *Realism and the Aim of Science* (Londres: Hutchinson, 1983), cap. 1., Trad. cast., *Realismo y el objetivo de la ciencia* (Madrid: Tecnos, 1985).

⁶ Carl Hempel, originalmente un destacado miembro del así llamado “Grupo de Berlín”, aliado del Círculo de Viena, y uno de los pocos filósofos germano-americanos que aún defienden algunas tesis del positivismo lógico (aunque ha sido uno de sus principales innovadores críticos), no sólo ha llamado a esta concepción “la concepción inductivista estrecha de la ciencia”, sino que la ha rechazado totalmente.

nes que concuerden con ella. Si se tiene éxito en ésto, se ha logrado descubrir una ley de la naturaleza.

A este *método*, que consistiría en encontrar enunciados generales (leyes o teorías) a partir de un conjunto de observaciones o datos particulares, se le conoce como *inducción*⁷. Pues bien, para Popper tal método científico no existe. No hay un método lógico o una lógica del descubrimiento científico, en el preciso sentido de un procedimiento para descubrir nuevas leyes o teorías (una especie de “lógica de creación”, como la ha llamado Magee). Sobre ésto Popper expresaba lo siguiente:

Sin embargo, mi opinión del asunto —valga lo que valiere— es que no existe, en absoluto, un método lógico de tener nuevas ideas, ni una reconstrucción lógica de este proceso. Puede expresarse mi parecer diciendo que todo descubrimiento contiene “un elemento irracional” o “una intuición creadora” en el sentido de Bergson. Einstein habla, de un modo parecido, de la “búsqueda de aquellas leyes sumamente universales [...] a partir de las cuales puede obtenerse una imagen del mundo por pura deducción. No existe una senda lógica —dice— que encamine a estas [...] leyes. Sólo pueden alcanzarse por la intuición, apoyada en algo así como una introyección (*Einfühlung*) de los objetos de la experiencia”⁸.

Ahora bien, ¿en qué consiste una lógica de justificación inductivista? Como hemos visto, no sólo Popper, sino muchos otros filósofos y científicos, han rechazado la existencia de una lógica inductiva de descubrimiento, basada en generalizaciones de datos particulares u observaciones. Por otra parte, nadie parece negar que hay leyes científicas tan simples como “todos los metales se dilatan con el calor”. Al margen de cómo hemos llegado a ellas, casi todo el mundo no sólo parece actuar en conformidad con tal ley, sino que estaría dispuesto a decir que lo hace porque cree que ella es verdadera. Es en este preciso punto donde surgen las siguientes interrogantes: ¿sobre qué base estamos justificados en creer que tal ley (o cualquier otra) es verdadera?

⁷ La inducción como método no debe confundirse con la inducción como forma de razonamiento o de inferencia.

⁸ Karl Popper, *La lógica de la investigación científica*, (Madrid: Tecnos, 1962) pp. 31-32. Es preciso destacar que tanto el positivismo lógico como Popper han negado la existencia de una “lógica del descubrimiento”. También tienen en común entender que la filosofía de la ciencia no debe preocuparse ni de los procesos psicológicos que están a la base de la invención científica ni de los factores históricos, sociológicos o políticos. Estos últimos son parte del “contexto del descubrimiento” y deben ser estudiados por las ciencias empíricas. Desgraciadamente, Popper no parece haber reconocido este común “anti-inductivismo” que compartía con los positivistas lógicos.

¿Estamos justificados en pasar de la observación directa de muchos metales individuales que hemos calentado y se han dilatado a una ley o generalización que incluye casos todavía no observados? O, dicho de una manera más técnica: ¿hay un argumento válido que nos permita pasar, de enunciados observacionales singulares, a leyes o enunciados universales y teorías científicas que se refieran a casos no observados?

Éste es el famoso problema de la inducción formulado por Hume en el siglo XVIII. Hume sostuvo que, sin importar cuan grande pueda ser el número de enunciados singulares observacionales que sean verdaderos, ellos no implican, lógicamente, la verdad de un enunciado universal que trascienda el número de enunciados singulares o que se refieran a instancias no observadas.

Popper aceptó el argumento de Hume en contra de la inducción, esto es, que tal argumento demuestra que no hay esperanzas de que podamos encontrar o disponer de *razones positivas* para *creer* en la verdad de nuestras leyes o teorías científicas.

Cuando enfrentamos el tipo de interrogantes formuladas más arriba, estamos en el contexto de validación o justificación. Una lógica de justificación es un intento de responder a tales preguntas; consiste en mostrar las razones que tenemos para creer en la verdad o falsedad de nuestras leyes y teorías, o para aceptar o rechazar una nueva hipótesis como parte del conocimiento científico.

La respuesta dada por los positivistas y que, en realidad, es la respuesta estándar de la gran mayoría de filósofos y científicos es la siguiente: es cierto que no existe (lógicamente) modo alguno en que una ley pueda ser concluyentemente verificada y, por consiguiente, no podemos creer ni confiar en forma absoluta que ella sea verdadera. Pero eso no invalida el hecho de que, en la medida que hacemos más y más observaciones, no podemos llegar a decir: “esta ley ha sido comprobada tantas veces que podemos tener gran confianza en su verdad. Es una ley bien establecida, bien fundada”. En otras palabras, si bien una ley no puede ser estricta o concluyentemente verificada puede, por lo menos, ser confirmada.

Una lógica de justificación o validación inductiva se fundamenta sobre la idea de que, si bien los datos u observaciones no suministran evidencia deductivamente concluyente para las hipótesis generales, entre ellas, las leyes científicas, esos datos les pueden otorgar, no obstante, un “apoyo inductivo” o una confirmación más o menos fuerte.

Una de las figuras más importantes del Círculo de Viena, y amigo de Popper, Rudolf Carnap, emprendió un programa de justificación inductiva que debía ser capaz de establecer valores cuantitativos del grado de confir-

mación que podían tener, por ejemplo, dos leyes. Este sistema de lógica inductiva, basado en el cálculo matemático de la probabilidad, nos permitiría establecer que una ley tiene, digamos, 0.8 grado de confirmación, mientras que la otra, sólo 0.2, en relación con cierta evidencia observacional⁹.

Desde el comienzo de estos intentos, realizados por Carnap y otros filósofos no positivistas, Popper se opuso radicalmente a la idea de una lógica inductiva. Independiente de las críticas de Popper, este programa iniciado en los años 50 jamás ha logrado superar serias dificultades formales y materiales.

Según Popper, Hume ha mostrado concluyentemente, no sólo que ningún conjunto de observaciones particulares puede verificar un enunciado general, sino que este último tampoco puede ser parcialmente justificado, o convertirse en probable sobre la base de instancias particulares confirmatorias.

La lucha de Popper en contra de una lógica de justificación inductiva tomó nueva fuerza a partir de 1983, con una serie de artículos escritos con David Miller destinados a mostrar que la inducción probabilística es imposible¹⁰.

Por último, sobre el programa inductivista de demarcación es preciso exponer los siguientes antecedentes. Según nos relata Popper, fue en 1919 cuando comenzó a preocuparse del siguiente problema: ¿cuándo una teoría debe ser calificada de científica? o ¿existe algún criterio para determinar el carácter o estatus científico de una teoría? La respuesta a este problema podría ayudarle, además, a distinguir (o a demarcar) la ciencia de la pseudo-ciencia. Otro modo de formular la preocupación de Popper consiste en decir que él quería encontrar un modo de separar las ciencias empíricas de otros sistemas, tales como las ciencias formales, la metafísica y la pseudo-ciencia.

En esos años, la respuesta generalmente aceptada era que la ciencia se distinguía, por ejemplo, de la pseudo-ciencia —o de la metafísica— por el método empírico, de carácter esencialmente inductivo, esto es, que procedía a partir de la observación o el experimento.

⁹ Para una discusión no técnica de la confirmación véase, Rudolf Carnap, *An Introduction to the Philosophy of Science* (Nueva York: Basic Books, Inc., 1966). La obra más fundamental de Carnap en torno a un sistema de lógica inductiva es *The Logical Foundations of Probability* (Chicago: University of Chicago Press, 1950).

¹⁰ Véase Karl Popper, "The Non-Existence of Probabilistic Inductive Support", en G. Dorn & P. Weingartner (ed.), *Foundations of logic and linguistic* (Nueva York: Plenum, 1985), pp. 303-318. Karl Popper & David Miller, "A proof of the impossibility of inductive probability", *Nature*, Vol. 302, (1983), pp. 687-688. Karl Popper y David Miller, "Why Probabilistic Support Is Not Inductive", *Phil. Tran. R. Soc. London*, A 321, (1987), pp. 569-591.

Pero, ¿qué pasaba con las distinciones anteriores si alguien, como era el caso de Popper, no creía en la inducción, ni tampoco en que ella jugara un papel importante en la ciencia? Evidentemente que el rechazo de Popper, tanto al método inductivo como a la inducción en el sentido de forma de argumentación de lo particular a lo general, lo llevó a proponer que el carácter distintivo de las teorías científicas era la refutabilidad, la falsabilidad o la contrastabilidad empírica. Según este criterio, un sistema de enunciados es científico sólo si admite la posibilidad de que alguna observación lo refute, esto es, pueda mostrar que es falso.

Así, para Popper, ninguna teoría nos puede decir algo sobre el mundo empírico a menos que sea capaz, en principio, de chocar o de entrar en conflicto con ese mundo, y esto significa, precisamente, que debe ser refutable. En resumen, una teoría habla sobre la realidad empírica sólo en la medida en que le pone límites a esa realidad, esto es, que prohíbe la ocurrencia de ciertos sucesos.

Como hemos visto anteriormente, Popper rechaza la concepción inductivista de la ciencia. Pero, hay otra visión de la ciencia que Popper considera insostenible a la luz del desarrollo moderno del conocimiento científico, así como también por el derrumbe de ciertas doctrinas epistemológicas. Según esta visión, la ciencia sería un sistema de enunciados absoluta e irrevocablemente verdaderos, o un cuerpo de teorías comprobadas, es decir, de teorías cuya verdad ha sido concluyentemente probada, incapaces de ser derrocadas o sustituidas por otras.

Popper ha denominado esta posición “la concepción autoritaria del conocimiento científico”. Para esta concepción, sostener que el conocimiento científico sea conjetural y corregible, despoja a la ciencia de la posibilidad de ser conocimiento “real”. Popper rechazaba decididamente esta doctrina apelando al desarrollo actual de la ciencia. Creía que como resultado de la revolución desencadenada en la física por Einstein, la visión actual de la ciencia es, más bien, que todas las teorías científicas son esencialmente conjeturales, hipotéticas y corregibles, por lo cual, nunca podemos estar seguros de que las teorías más establecidas y aceptadas no puedan ser reemplazadas por mejores aproximaciones a la realidad. Por ejemplo, sostiene Popper, a pesar de que jamás ha habido una teoría más exitosa y comprobada como la de Newton, la mayoría de los físicos de hoy estiman que la teoría gravitacional de Einstein constituye un mejoramiento de la de Newton y que, por lo tanto, hay un real proceso de corrección, mejoramiento y progreso de teorías científicas.

Para finalizar, quisiéramos exponer brevemente la visión de la ciencia que podemos encontrar en las principales obras de Popper.

El científico se enfrenta o selecciona un problema interesante o importante. A continuación propone una solución tentativa o conjetural en la forma de una hipótesis o de una teoría científica. El próximo paso consiste en criticar la teoría o la hipótesis lo mejor que se pueda, esto es, se intenta refutarla a través de las contrastaciones o controles más severos que se puedan diseñar. Si la hipótesis o teoría resiste y sobrevive estos serios y rigurosos intentos de refutación o falsación, ella es considerada como exitosa y aceptada provisoriamente. Según Popper, ninguna teoría puede ser considerada alguna vez como establecida o verificada en forma concluyente y definitiva. Por otro lado, si la teoría es refutada se buscan nuevas soluciones o conjeturas, esto es, nuevas hipótesis, las cuales a su vez son criticadas, etc. En otras palabras, la ciencia es posible y se desarrolla gracias al *método de conjeturas y refutaciones*. La diferencia fundamental entre el conocimiento común y aquel de carácter científico consiste en que en éste último se intenta consciente y planificadamente detectar nuestros errores con el fin de eliminarlos. Para Popper, todo el conocimiento humano y las ciencias son conjeturas. Somos falibles y nuestra ciencia también lo es. No hay certeza en el conocimiento humano. El método de conjeturas y refutaciones, llamado también *método crítico*, es el instrumento principal del crecimiento científico¹¹.

La filosofía política de Popper

Como el mismo Popper lo ha señalado en reiteradas ocasiones, su filosofía política se halla estrechamente ligada a la teoría del conocimiento expuesta por primera vez en *La lógica de la investigación científica*. Así, al referirse a sus dos principales obras, *La miseria del historicismo* y *La sociedad abierta y sus enemigos*, Popper declaró:

Ambas se desarrollaron a partir de la teoría del conocimiento de *Logik der Forschung* y de mi convicción de que nuestras a menudo

¹¹ Para una comprensión más acabada de la filosofía de la ciencia de Popper, especialmente su filosofía de la física, consúltese: Karl Popper, *Quantum Theory and the Schism in Physics* (Londres: Hutchinson, 1988), Trad. cast., *Teoría cuántica y el cisma en física* (Madrid: Tecnos, 1982), Karl Popper, *The Open Universe: An Argument for Indeterminism* (Londres: Hutchinson, 1982), Trad. cast., *El universo abierto: Un argumento en favor del indeterminismo* (Madrid: Tecnos, 1982). Estos volúmenes, junto al libro *Realismo y el objetivo de la ciencia*, constituyen el Post-scriptum a *La lógica de la investigación científica* y fueron editados por W. W. Bortley, III.; Karl Popper, *A World of Propensities* (Bristol: Thoemmes, 1990). Para un examen de otros artículos generales de Popper sobre el conocimiento, la historia y otros temas véase K. Popper, *Auf der Suche nach einer Besseren Welt* (Munich: Piper, 1987). Para un examen crítico de la filosofía de Popper, véase Anthony O'Hear, *Karl Popper* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1980).

inconscientes concepciones sobre la teoría del conocimiento y sus problemas centrales (¿qué podemos conocer? ¿cuán cierto es nuestro conocimiento?) son decisivas para nuestra actitud hacia nosotros mismos y hacia la política¹².

Como hemos señalado anteriormente, el desarrollo del conocimiento científico procede, según Popper, a través de un proceso de ensayo y eliminación del error y, en especial, mediante la búsqueda consciente de nuestros errores; en otras palabras, la adopción del método crítico se constituye en el principal instrumento del crecimiento y progreso de la ciencia.

Esta aproximación crítica puede aplicarse más allá de la ciencia, en realidad es aplicable a toda situación humana en la que, frente a un problema determinado, ensayemos alguna solución tentativa; en todas aquellas circunstancias en que, debido a nuestra inevitable falibilidad, podamos cometer errores y aprender de ellos.

Para Popper, la política es sin duda uno de los campos donde siempre estamos cometiendo errores y donde, también, podemos aprender de ellos.

Como sabemos, Popper llamaba actitud racional o crítica a esta prontitud para detectar nuestras equivocaciones y aprender de ellas. En el campo político, el método de aprender de nuestros errores es un método basado en la libre discusión y crítica de las acciones tomadas por los gobernantes. En este sentido, la actitud racional se opone siempre a toda forma de autoritarismo, tanto epistemológico como político.

Todo lo anterior explica por qué Popper ha bautizado su posición filosófica bajo el nombre de Racionalismo Crítico.

Un racionalista crítico se compromete con algo más que una mera posición teórica abstracta o con una determinada teoría del conocimiento: se compromete con una forma o estilo de vida. En otras palabras, el Racionalismo Crítico implica ciertas consecuencias de carácter ético, social y político.

Tal como lo muestra el título de su obra fundamental en filosofía política, Popper indica que un racionalista crítico abogará necesariamente por una “sociedad abierta”. En términos generales, ella consiste en una sociedad pluralista en la cual es posible tener, expresar y abogar por distintas posiciones con respecto a qué tipo de sociedad se debe buscar, a los fines de ella y a los medios para obtenerla (excepto el uso de medios violentos).

¹² Schilpp, *op. cit.*, p. 91. De aquí en adelante *La pobreza y La sociedad abierta*.

En una sociedad abierta, no sólo es legítimo, sino deseable, que los ciudadanos puedan proponer soluciones diferentes a los distintos y numerosos problemas que surgen al interior de ella. La sociedad propugnada por Popper es aquella donde toda persona es, en principio, libre para evaluar y criticar las soluciones y medidas propuestas por otros ciudadanos, especialmente aquellas formuladas por los gobernantes. Esto último permite que las decisiones gubernamentales puedan modificarse a la luz de la crítica pacífica y racional.

En una entrevista que se le hiciera a Karl Popper en la revista inglesa *Encounter* (Vol. 38 N° 5, mayo de 1972), y que llevaba por título “Sobre la razón y la sociedad abierta”, Popper cita dos rasgos característicos de una sociedad abierta. En primer lugar, no sólo debe ser posible el debate libre, y en especial la discusión sobre la conveniencia o inconveniencia de las decisiones gubernamentales, sino que este debate sea capaz de ejercer una influencia real en la política. En segundo lugar, deben existir instituciones destinadas a proteger la libertad, así como también a los ciudadanos más pobres y débiles. En una sociedad abierta el Estado no sólo debe amparar a los ciudadanos de toda violencia física, sino también del abuso que pueda ejercerse mediante la fuerza económica. Para esto último, se deben diseñar instituciones sociopolíticas que protejan a los más débiles, desde el punto de vista económico, de los más fuertes y poderosos.

En esta misma entrevista, Popper señala enfáticamente la relevancia fundamental que tiene, para la apertura de una sociedad, la existencia garantizada de la libertad de la palabra o de prensa, así como la existencia de una oposición política influyente y racional.

En síntesis, la sociedad abierta de Popper no es sino una sociedad organizada democráticamente, esto es —de acuerdo con la caracterización que ha hecho este autor de la democracia—, una sociedad en la cual es posible que los gobernantes sean reemplazados periódicamente y sin necesidad de recurrir a la violencia.

La virtud más grande de la democracia consiste, para Popper, en que ella posibilita la libre discusión racional o crítica y la influencia de tales discusiones en la política.

Como es fácil de notar, Popper le otorga extrema importancia a la libertad en su sentido más amplio. Esto lo lleva a oponerse decididamente a toda forma de autoritarismo o totalitarismo, ya que impiden la posibilidad de una crítica libre, pilar fundamental de una sociedad abierta. De hecho, en la Introducción a *La sociedad abierta*, el autor nos dice que uno de los objetivos más importantes de este libro es no sólo contribuir a comprender las tendencias totalitarias, así como el atractivo que ellas han ejercido a lo

largo de la historia, sino contribuir efectivamente a su eliminación. Para lograr esto es necesario atacar una de las filosofías más poderosas que estaría en la base del totalitarismo: el historicismo.

Es esta doctrina la que constituye un obstáculo decisivo para poder aplicar los métodos críticos y racionales de la ciencia a la reconstrucción social democrática. El término “historicismo” es usado por Popper para designar toda posición, doctrina o filosofía social que asevere que el objeto fundamental de las ciencias sociales es la predicción histórica, especialmente profecías históricas a largo plazo. Estas últimas serían posibles mediante el descubrimiento de los “ritmos” o “patrones”, de las “leyes” o “tendencias” que estarían a la base de la evolución histórica. Como queda claro por lo expuesto hasta aquí, una sociedad abierta es aquella basada sobre el principio o la idea de no sólo tolerar y respetar las opiniones disidentes sino protegerlas y estimularlas. Por otra parte, para Popper una democracia puede considerarse como una forma de gobierno dedicada a la protección de una sociedad abierta¹³.

Ahora bien, creemos importante terminar esta sucinta exposición de la filosofía política de Popper mostrando las más recientes clarificaciones que, sobre su teoría de la democracia, se publicaron en la revista *The Economist*, el 23 de abril de 1988.

La nueva teoría de la democracia de Popper

En el artículo de 1988, Popper volvió a rechazar, como lo había hecho en forma más elaborada en *La sociedad abierta*, lo que denominaba la teoría clásica de la democracia, esto es, la teoría de que la democracia es el gobierno del pueblo y, por lo tanto, la teoría de que el pueblo tiene el derecho a gobernar. Popper consideraba que toda la teoría o filosofía política desde Platón (pasando por Marx) hasta la actualidad, había pensado erróneamente que el problema fundamental de la filosofía política era responder adecuadamente la pregunta ¿quién debe gobernar?

Por consiguiente, definir la democracia en términos, por ejemplo, del “gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo” constituía una mala respuesta a una mala pregunta. Para Popper, el problema fundamental de una teoría política racional no era ¿quién debe gobernar? sino, más bien,

¹³ Véase, Karl Popper “Science: Problems, Aims, Responsibilities”, publicado por primera vez en *Federation Proceedings*, 1963, pp. 961-972.

¿cómo debe estar constituido el Estado, de modo tal que los malos gobernantes puedan eliminarse sin violencia y sin derramamiento de sangre?, o, como lo expresa en *La sociedad abierta*: “¿en qué forma podemos organizar las instituciones políticas a fin de que los gobernantes malos o incapaces no puedan ocasionar demasiado daño?”.

Según Popper, estas son las preguntas fundamentales. Sobre estas preguntas críticas y humildes se puede edificar una teoría adecuada de la democracia, y no sobre la idea de la soberanía del pueblo, sobre la cual, como veremos luego, no se puede elaborar una teoría que esté libre de contradicciones y paradojas¹⁴.

El problema formulado en las preguntas anteriores debe considerarse como un asunto práctico o casi técnico y no, necesariamente, teórico. Por otro lado, el cambio de la pregunta ¿Quién debe gobernar o mandar? por las dos preguntas anteriores, presenta importantes consecuencias tanto prácticas como teóricas. Popper creía que su teoría del gobierno, a pesar de ser simple y práctica, permitía resolver, por ejemplo, la así llamada “paradoja de la democracia”, que consiste en el siguiente problema: ¿qué debemos hacer si alguna vez el pueblo vota mayoritariamente por establecer una dictadura o tiranía? Esta dificultad se presenta, justamente, cuando la democracia se define fundamentalmente como el gobierno de la mayoría del pueblo. De este modo, quien sostenga esta visión de la democracia no podría, sin contradecirse, luchar en contra de un gobierno totalitario o tiránico de izquierda o de derecha si éste ha sido elegido por la mayoría (a pesar de que tal gobierno contemple la destrucción de la democracia, incluyendo la libertad y la tolerancia).

Sin embargo, nada de esto ocurre cuando la democracia se entiende como una regla legal que nos permite deshacernos de un gobierno sin derramamiento de sangre¹⁵. Para Popper, ninguna mayoría, no importa cuán amplia sea, debe estar calificada para abandonar tal regla legal.

Ahora bien, ¿cuáles son algunas consecuencias prácticas de esta nueva teoría? Es precisamente en este punto donde adquiere mayor relevancia el artículo de Popper de 1988. Hasta esa fecha, sus obras fundamentales en filosofía de la política mencionadas antes, así como algunos ensayos

¹⁴ Véase, Karl Popper *Sociedad abierta, universo abierto*. Conversación con Franz Kreuzer (Madrid: Tecnos, 1984), p. 21.

¹⁵ Popper no creía en la importancia de dar definiciones, por eso, jamás dio una definición de democracia. Sin embargo, sugería que había una clara manera de distinguir entre democracias y dictaduras: las personas viven en una democracia sólo cuando existen instituciones que permiten deshacerse del gobierno sin usar la violencia o sin derramamiento de sangre.

contenidos en *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge*¹⁶, no habían tratado ciertos asuntos relacionados con la democracia representativa o la representación política, en general, ni tampoco con la existencia de partido político o el número óptimo de ellos, etc.

Para los defensores de la teoría antigua o clásica de la democracia, resulta obvio que si el pueblo tiene derecho a gobernar, derecho que ejerce a través de sus representantes elegidos por voto mayoritario, resulta esencial, legítimo y justo, que la distribución numérica de la opinión entre los representantes elegidos refleje, lo más fielmente posible, aquella opinión que prevalece entre quienes son la fuente real del poder legítimo, esto es, justamente, el pueblo.

Sin embargo, tal como lo subraya Popper, dicho argumento se sostiene sólo si uno acepta la teoría clásica. El problema es que, para aquellos que la aceptan, las consecuencias prácticas concretas de tal forma de representación resultan desastrosas. Así, entre esas consecuencias, Popper menciona el hecho de que la representación proporcional le otorga, aunque sea indirectamente, un reconocimiento constitucional a los partidos políticos. Esto se debe a que no se puede elegir a una persona de nuestra confianza, sino a un partido: en otras palabras, a los elegidos por un partido.

Esto no resulta conveniente, ya que las opiniones y decisiones de los partidos son ideologías, y, por ese solo hecho, no merecen el respeto del que deben gozar las personas y sus distintas opiniones. Popper creía que los partidos políticos son, típicamente, instrumentos para el avance, interés y poder personal (a lo que hay que agregar todas las intrigas que son inherentes a la búsqueda de tales fines).

Lo que Popper estimaba adecuado era que los votantes pudiesen elegir representantes que defiendan, lo mejor que puedan, los intereses de los electores que representan y que, además, se sientan responsables frente a ellos, reconociendo que tienen un deber con sus electores. Éste es el único deber y la única responsabilidad que la constitución debe reconocer.

Lo que se necesita en la política son individuos con juicio propio, autónomos, capaces de asumir responsabilidades y cumplirlas. Todo lo anterior, de acuerdo con Popper, resulta imposible cuando la constitución incluye la representación proporcional. Bajo esas condiciones, los candidatos representan al partido que los eligió para postular. De ese modo, si

¹⁶ Karl Popper, *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge* (Nueva York: Basic Books, 1962). Traducción castellana: *El desarrollo del conocimiento científico: Conjeturas y refutaciones* (Buenos Aires: Paidós, 1967).

resultan electos es porque pertenecen a cierto partido, al cual le deben lealtad. Así, estarán obligados a obedecer las ordenes del partido, con lo cual se desvanece su autonomía y responsabilidad personal, viéndose así reducidos a una máquina votante en vez de personas pensantes y con sentimientos.

Las ventajas del bi-partidismo

Ahora bien, Popper reconocía cuan difícil resultaba, en la realidad, que nuestras democracias liberales funcionaran sin partidos. Pero, además de legitimar la existencia de partidos con todos los vicios, defectos y deficiencias, Popper enfatiza otra consecuencia de la doctrina de la representación proporcional: la proliferación de partidos políticos.

A primera vista, se podría pensar que la existencia de muchos partidos políticos resulta ser no sólo conveniente y necesaria, ya que ello significa más riqueza de posiciones, menor rigidez, más oportunidades de elegir, mayor ejercicio de la libertad política y, por sobre todo, más posibilidades de crítica. Por otro lado, hay que considerar la ventaja adicional que se obtiene en términos de mayor distribución del poder y menor concentración, por consiguiente, de las influencias e intereses. Desde esta perspectiva, resulta muy difícil entender por qué Popper creía que la existencia de muchos partidos debiera considerarse nefasta.

Pues bien, para él, la existencia de demasiados partidos es contraria a la estabilidad de los gobiernos e, incluso, dificulta su formación. Ello se debe a que, mientras mayor sea el número de partidos, más necesaria será la formación de coaliciones. Esto último conduce, muy a menudo, a que los partidos pequeños ejerzan una influencia desproporcionada, no sólo en la formación del gobierno, sino, también, en el proceso de toma de decisiones y en la disolución o renuncia del gobierno.

No obstante, lo que Popper considera peor, es que todo lo anterior produce un debilitamiento en la responsabilidad política. Así, por ejemplo, un partido único que haya perdido una elección ante una mayoría de electores desilusionados de su desempeño puede, a pesar de todo, mantenerse en el poder. Para ello le bastará lograr el apoyo del partido más pequeño, pero suficientemente fuerte, para continuar gobernando con él.

Esto último conduce, a su vez, a otorgarle a un partido minoritario el poder de hacer caer el gobierno cuando lo estime conveniente. Esta última posibilidad, viola, precisamente, el principio que está en la base de los que creen en la representación proporcional, esto es, que el poder y la influencia

que ejerzan los partidos políticos debe corresponder al número de ciudadanos que lo apoyen.

Popper pensaba que si la existencia de partidos resulta inevitable, es mejor (en términos de la responsabilidad que tienen frente a los ciudadanos y del necesario proceso de auto-crítica) que haya el menor número, ojalá sólo dos partidos fuertes.

Pero, ¿en qué sentido el bipartidismo resulta más deseable y adecuado para una sociedad crítica, pluralista y abierta a nuevas ideas? En primer lugar, en tal sistema, el partido derrotado en una elección tenderá a darle un significado importante a tal resultado, lo cual es muy probable que le conduzca a realizar un examen crítico, profundo de sus metas, programa y métodos.

Popper creía, además, que una serie de derrotas importantes haría más urgente e inevitable un proceso de búsqueda de nuevas ideas y propuestas. Esta situación la consideraba menos probable en sistemas con muchos partidos.

Para la nueva teoría de la democracia, el día de las elecciones debe concebirse como una especie de día del Juicio Final, donde cada partido tendría que pagar responsablemente por sus errores y, lo que es más fundamental, aprender de ellos¹⁷. □

¹⁷ Para una comprensión más amplia de la filosofía social y política de Popper, consúltese, Carlos Verdugo S., "Selección de escritos socio-políticos de Karl Popper", *Estudios Públicos*, 35 (invierno 1989). En 1986 la Hoover Institution on War, Revolution and Peace adquirió todo el material no publicado de Popper y creó "Los Archivos Karl Popper" en su biblioteca en Stanford. A partir de ellos, M. A. Notturmo ha editado dos textos en inglés: *The Myth of the Framework* (Londres: Routledge, 1994) y *Knowledge and the Body-Mind Problem* (Londres: Routledge, 1994).